



CAMINAR JUNTOS



"¡Ensancha el espacio de tu carpa, despliega tus lonas sin mezquinar, alarga tus cuerdas, afirma tus estacas! Porque te expandirás a derecha e izquierda..."

(Is 54, 2-3)

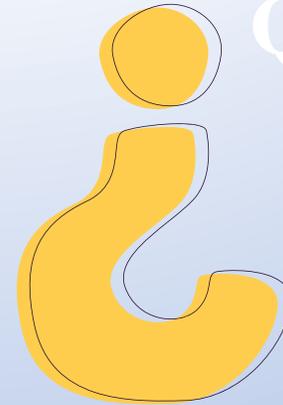
Conversemos sobre sinodalidad



Un pueblo siempre en camino

Caminar implica querer estar en movimiento, atentos a los cambios. Es un caminar llenos de esperanza, abiertos a la novedad y las sorpresas que va despertando el Espíritu. Es estar en una constante búsqueda y actualización.

Abrirse a lo nuevo es abrirse a nuevas formas de pensar y actuar, dejar atrás las seguridades que nos da “el siempre se ha hecho así” y replantearse una nueva forma de ser y hacer iglesia.



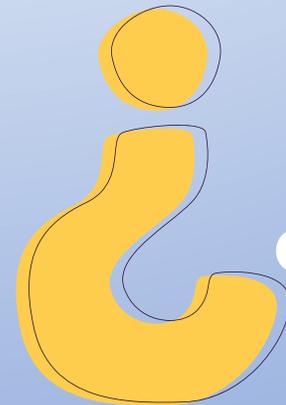
Qué nos provoca el miedo a los cambios, a caminar



Un pueblo que camina con sus vecinos

Caminamos como iglesia siempre en relación con otras y otros. En nuestros barrios somos vecinas, vecinos, compañeros de alegrías, esperanzas y dolores. Y muchas veces, consuelo en la desesperanza y el miedo.

Caminando nos conocemos, nos vinculamos, nos necesitamos mutuamente. No nos encerramos en el templo y nos preocupamos de nosotros mismos. Caminamos también con otras organizaciones sociales, otras iglesia cristianas, otras religiones, con hermanos y hermanas que incluso no creen, sabiendo que entre todos buscamos la plenitud de cada persona, de la humanidad y del cuidado de la creación.



Cuál fue la última
actividad que
recuerdas con
otras
organizaciones no
eclesiales

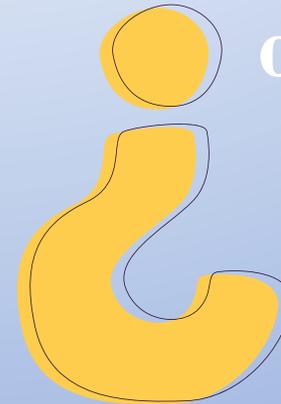


Un pueblo con una gran diversidad

Caminamos de maneras muy diversas. No vamos todos ordenados, a un mismo paso y uniformados, no es un desfile. Cada uno tiene su ritmo, sus tiempos, su forma de pensar, actuar y de hacer camino.

La Iglesia se enriquece en la diversidad de los dones, carismas y ministerios.

En la sinodalidad todas y todos tienen un lugar para desarrollarse. Hay que aprender a caminar, a esperarnos y alentarnos, a ser pacientes y empáticos, a valorar el regalo de la diversidad.



Qué me cuesta aceptar de los otros grupos de la capilla o comunidad

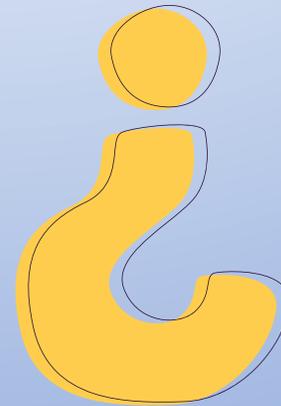


Un pueblo que busca el querer de Dios

La sinodalidad es buscar juntos y juntas lo que Dios quiere para nosotras y nosotros.

No es igual a democracia. No es buscar la mayoría.

Es descubrir juntas y juntos, con humildad, lo que Dios quiere para nuestra comunidad, reconociendo que muchas veces Dios nos habla desde los más pequeños, vulnerables y los excluidos.



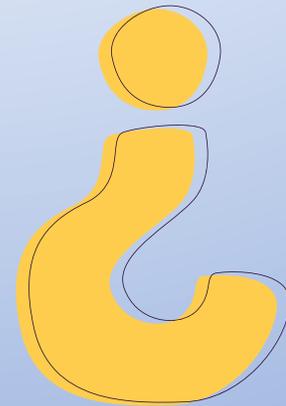
A través de quién
me ha
sorprendido Dios
(voz del Espíritu)



Un pueblo ungido por el Espíritu

Caminamos como pueblo de Dios con la certeza de que estamos ungidas y ungidos con la gracia del Espíritu. Por tanto, a la hora de reflexionar, pensar, evaluar, discernir, debemos estar muy atentas y atentos para ser fieles a esta unción, aunque corramos riesgos.

El pueblo cuando cree, no se equivoca. Somos un pueblo animado por el Espíritu, profético que descubre la presencia del Reino y la anuncia como comunidad.



Qué me hace
arder el
corazón (eso
que no puedo
acallar)



Un pueblo que escuchando aprende

Caminamos con humildad para escucharnos y aprender los unos de los otros y otras. Con valentía y libertad nos expresamos, sabiendo que escuchándonos descubrimos lo que el Espíritu nos quiere decir a través de los demás.

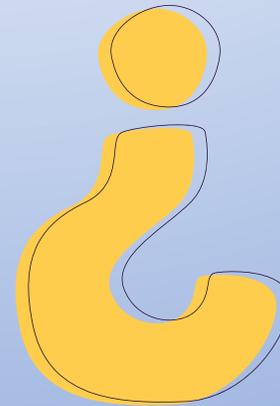
Caminar es una forma de aprender. No son unos los que enseñan y otros los que aprenden sino que todos y todas tienen algo que enseñar y todas y todos algo que aprender de los demás.



Un pueblo donde todos tienen una igual dignidad

Cada persona es sagrada. Es rostro de Dios. Las personas por el solo hecho de ser personas, tenemos una igual dignidad. No somos idénticos, cada persona es única, original e irrepetible pero la dignidad nos hace iguales.

No hay cristianos de primera y segunda categoría. Todas y todos somos responsables de la vida y misión de la Iglesia. Cada persona es importante y está llamada a ser parte de la Iglesia, no a “ayudar” subsidiariamente, sino a participar recíproca y corresponsablemente en la construcción de la Iglesia y ser testigo del Reino de Dios.



Qué espacios deberían abrirse más a la participación en nuestra Iglesia y comunidades



Un pueblo donde todos participan y deciden juntos

“Lo que afecta a todos debe ser tratado por todos”. Dice san Cipriano, “nada sin el obispo, nada sin el consejo de los presbíteros, y nada sin el consenso del pueblo”. Cueste lo que cueste. Hay que avanzar en espacios de participación amplia, donde las decisiones de muchos no sean resueltas solo por algunas personas o las “mismas de siempre”.

El desafío de la sinodalidad implica superar el autoritarismo, ampliar los espacios de participación y procurar la representatividad de toda la comunidad. Quienes prestan servicios en la comunidad deberían estar lejos de la búsqueda de privilegios o poder.



Un pueblo donde todos nos necesitamos

Cada persona es importante. Este camino lo hacemos juntos superando la autosuficiencia, reconociendo que nos necesitamos los unos a los otros. Somos un solo cuerpo en Cristo. ¿Cómo podemos decir que estamos todos si falta alguien entre nosotros?

Caminar juntos nos lleva a valorar lo distinto, a ver, a escuchar, a sentir y encontrarnos genuinamente con otros. Ha hacernos uno en el amor.



Un pueblo que camina con esperanza

Caminamos buscando el reino de la verdad, la justicia, la paz y la reconciliación.

No es fácil vencer la inercia y ponerse a caminar. Para ello se necesita algo que nos apasione de verdad, que nos conmueva, que nos empuje desde dentro.

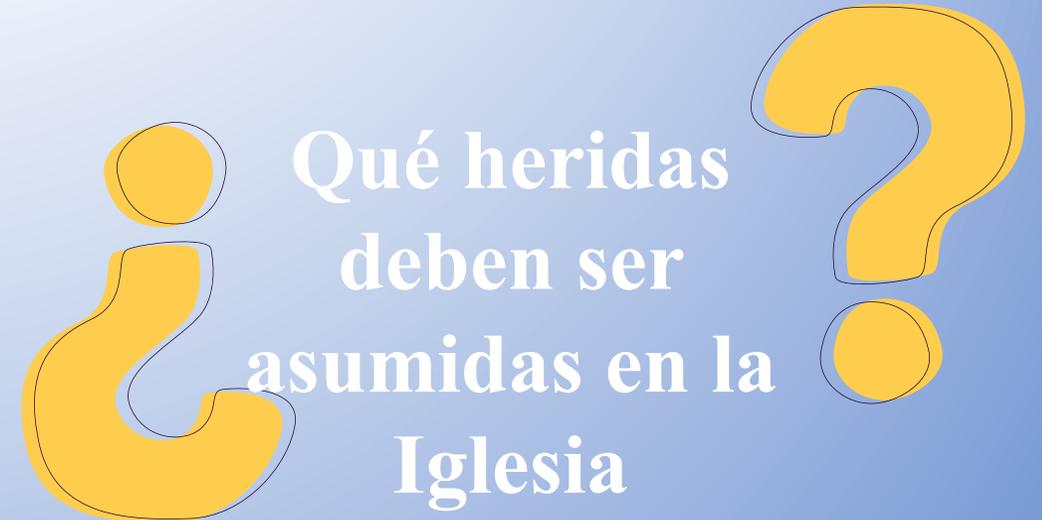
A las personas nos mueve el amor y la esperanza de avanzar hacia la plenitud. Esta plenitud solo se alcanza en la búsqueda de la plenitud de los demás.



Un pueblo humilde camina desde la verdad

Aunque parezca que cojeamos, caminamos con lo que somos, en verdad, autenticidad, reconociendo las heridas, las debilidades, los errores, los pecados, el cansancio, las divisiones.

Caminamos con la esperanza de sanar heridas, recuperar confianzas, tejer nuevas, auténticas y profundas relaciones basadas en el respeto por la dignidad de las personas. Sabiendo que el Espíritu hace nuevas todas las cosas.

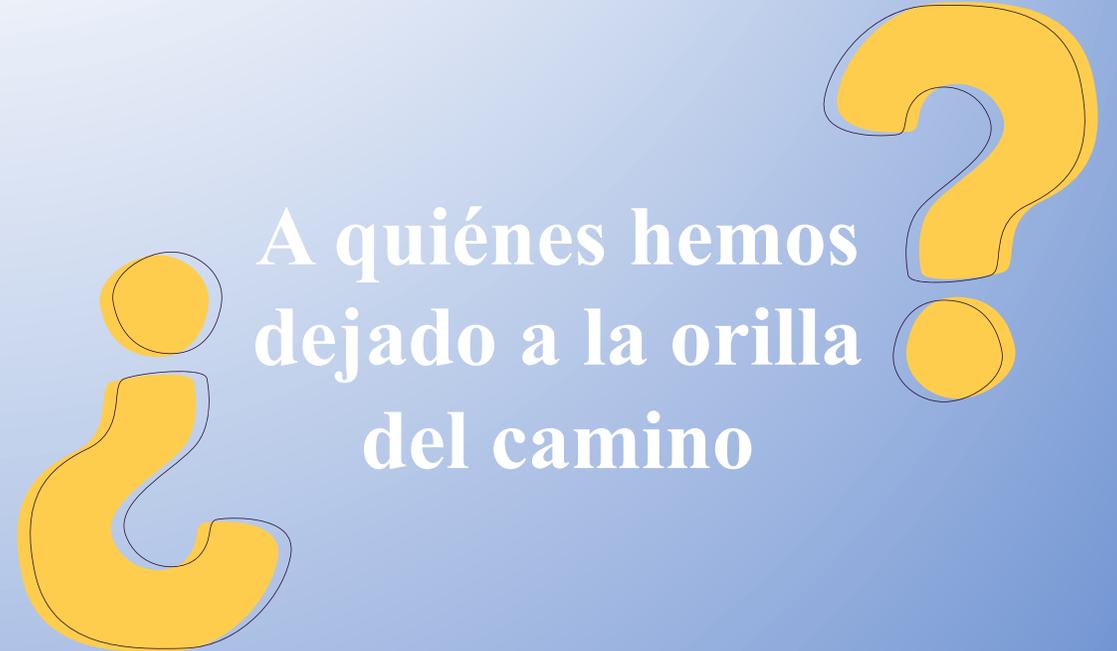


Un pueblo que camina desde el amor

Caminamos especialmente con aquellos a quienes Jesús nos confía con especial dedicación, aquellos que han quedado (o hemos dejado) a la orilla del camino. ¡Cuántas veces Jesús, buen samaritano, cambió su ruta a partir de las necesidades de aquellos con quienes se encuentra en el camino!

La sinodalidad nos pone en movimiento o detiene y nos hace más solidarios.

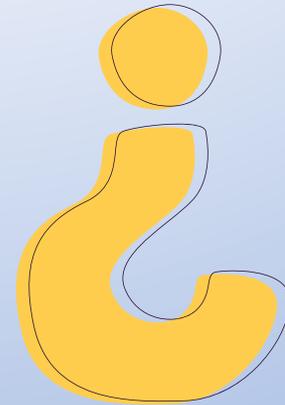
La sinodalidad no tiene que ver solo con la toma de conciencia de igualdad de dignidades o de una nueva manera de ver las estructuras eclesiales. Tiene que ver con el amor: un amor sorprendente, libre, generoso y fiel, capaz de dar la vida por los amigos.



A quiénes hemos
dejado a la orilla
del camino

Un pueblo con liderazgos que se involucran

En la reflexión de la sinodalidad se suele acentuar la igualdad entre todos los bautizados como el fundamento del caminar juntos. Pero con eso nos quedamos cortos. No estamos llamados sólo a una relación de igualdad, sino también a una relación de servicio. Es una asimetría invertida. Santa Teresa de Ávila decía: “Tratad a los pobres como a vuestros señores”. Algo de eso aparece en Jesús cuando pregunta a quienes acuden a él para ser sanados: “¿Qué quieres que haga por ti?”



Cómo son los liderazgos en nuestra Iglesia y comunidades



El papa Francisco en la Misa de apertura del Sínodo, (9 de octubre, 2021) dice que la Sinodalidad nos regala tres oportunidades:

1. “encaminarnos estructuralmente hacia una **Iglesia sinodal**”, que sea un “lugar abierto donde todos se sientan en casa y puedan participar”.
2. “ser **Iglesia de la escucha** (...) Escuchar el Espíritu en la adoración y la oración, escuchar a los hermanos y hermanas acerca de las esperanzas y las crisis de la fe en las diversas partes del mundo, las urgencias de renovación de la vida pastoral y las señales que provienen de las realidades locales”.
3. “ser una **Iglesia de la cercanía**”, con su presencia, que sea una Iglesia “que no se separa de la vida, sino que se hace cargo de las fragilidades y las pobreza de nuestro tiempo, curando las heridas y sanando los corazones quebrantados con el bálsamo de Dios”.